

de treinta y seis horas. La guarnicion, compuesta solamente de 320 hombres, se retiró á Altamira, despues de haber hecho con vigor la defensa que permitia su escaso número.

Esta pérdida, importante sin duda alguna, no es, sin embargo, mas que uno de tantos lances propios de las vicisitudes de la guerra. Nunca hemos concebido la loca esperanza de salir triunfantes en todas las acciones que se dén. Bien sabemos, por el contrario, que se trata de una campaña difícil y sangrienta, en la que nuestras armas han de sufrir aún mas de un revés; en la que una parte considerable del territorio de la república quedará regada con los cadáveres de sus buenos hijos. Pero sabemos tambien, que nuestro deber seria pelear aun cuando no fuese seguro el triunfo definitivo: sabemos que no hay muerte mas gloriosa, que la alcanzada en defensa de la patria: sabemos que si morirán muchos cumpliendo con su deber, los patriotas que sobrevivan obtendrán indefectiblemente los lauros de la victoria, afianzando la autonomía de México: sabemos, en fin, que los nombres de los que se distinguan en lucha tan gloriosa, ya sea que sucumban ó no, serán pronunciados en el mundo entero, con el respeto que siempre se profesa á los defensores de la independencia nacional.

LA CUESTION EXTRANGERA.

San Luis Potosí, Setiembre 22 de 1863.

A medida que el tiempo avanza, que los acontecimientos se desarrollan, y que surgen nuevas complicaciones, es cada vez mas evidente para el hombre observador, la imposibilidad de que los proyectos atentatorios de Napoleon III contra la nacionalidad mexicana, lleguen á verse realizados.

Conspiran, en efecto, á contrariarlos en estos momentos, la probabilidad de una guerra continental en Europa, la oposicion de la opinion pública en Francia, el desfalco causado por desembolsos innecesarios, la falta de un plan fijo, el desconcierto con las potencias signatarias del tratado de Lóndres, el temor de un rompimiento con los Estados- Unidos, la desconfianza de los mexicanos intervencionistas, la firme resolucion del país invadido de sostener á todo trance su autonomía. Poderoso cada uno de estos obstáculos de por sí, son, reunidos, imposibles de superar. Examinándolos por el mismo órden en que los hemos consignado, aparecerán desde luego en toda su magnitud.

Cuando se esperaba de la Rusia una contestacion artificiosa, destinada solamente á ganar tiempo, á las notas de Inglaterra, Francia y Austria, sobre los negocios de Polonia, el ministro del czar, léjos de seguir ese natural camino, ha preferido el tono agresivo de quien se siente lastimado en su derecho, y está decidido á no soportar el ultrage. Comedida en la forma, la respuesta de Gortschakoff envuelve acusaciones gravísimas contra las potencias aliadas. Los disturbios del reino polaco se deben principalmente, en su sentir, á la proteccion otorgada á los que llama rebeldes, ya sea permitiendo los trabajos de sus comités revolucionarios, ya tolerando la propaganda de los periódicos adictos á la insurreccion, ya interviniendo por medio de la diplomacia en el arreglo de las cuestiones pendientes. Para el autócrata ruso, es muy sencilla la vía que debe seguirse. Los polacos han de comenzar por deponer las armas, esperando luego inermes é impotentes la soberana resolucion del déspota que los subyuga. En cuanto á las potencias interventoras, desechada su pretension de ingerirse en los negocios *administrativos* del imperio moscovita, corresponde á la Francia y á la Inglaterra cruzarse de brazos, miéntras la Rusia, la Prusia y el Austria deciden por sí solas sobre la suerte de su antigua víctima.

No era posible que semejante solucion se recibiese como satisfactoria. El gobierno nacional polaco ha formulado á su vez las condiciones que impone para soltar las armas, pretendiendo ser reconocido oficialmente, apoyado por ejércitos libertadores y emancipado del yugo que oprime al país. Siendo seguro que la Rusia ha de declarar inadmisibles estas exigencias, continuará la lucha cada vez mas encarnizada, legando á la historia rasgos de heroicidad por parte de la Polonia, rasgos de horrenda barbárie por parte de la

Rusia. El nombre de Mourawieff quedará cubierto de una infamia eterna, no ménos que el del gobierno que se vale de semejante monstruo.

Por su parte la Francia, la Inglaterra y el Austria, han convenido en pasar á San Petersburgo otra nota, y será la tercera, pidiendo una respuesta categórica sobre los seis puntos contenidos en la anterior. En caso de una negativa formal, que es de esperarse despues de lo que ha pasado, el decoro de tres grandes potencias sufriria una lesion enorme, si pasaran por tal humillacion. La opinion pública, enteramente decidida desde ahora á favor de la guerra, tomaria un carácter poderoso de iniciativa, á impulso de la ofensa inferida al amor propio nacional. Los periódicos franceses é ingleses truenan sin cesar contra las atrocidades de los rusos, estimulando á los gabinetes de San James y de las Tuilerías para que las contengan. Los diarios liberales de Paris consideran la ocupacion de Puebla y de México como un paso que facilita el arreglo de la cuestion mexicana, terminada la cual, quedará el gobierno imperial expedito para la de Polonia. Cuanto la guerra con nuestra república tiene de impopular en Francia, es popular la de aquella desventurada nacion. A no ser, pues, que Napoleon se haya propuesto contrariar abiertamente, en los negocios internacionales, las aspiraciones del pueblo en que reina, le será forzoso ceder á las incesantes sugerencias del espíritu público, decidido á prestar ayuda á los *franceses del Norte*.

Acaso los tenebrosos manejos de las *cancillerías* lograrán sofocar esas tendencias belicosas. Mas de una vez han aparecido en el horizonte europeo nublados que presagiaban tempestades, y que se han deshecho al soplo de vientos contrarios. No seria extraño por lo mismo que no llegara á realizarse la guerra entre Francia y Rusia; pero en el cálculo de las

probabilidades entra por ahora la de ese acontecimiento que parece tan próximo. En nosotros sería grave falta no tomarlo en consideración, cuando se presenta con caracteres tan marcados de verosimilitud.

Enunciábamos ántes la creciente impopularidad de la expedición de México, y para apoyar nuestro aserto contamos con pruebas verdaderamente irrefragables. Los periódicos del imperio, con muy contadas y muy explicables excepciones, se expresan en contra de los planes napoleónicos, hasta donde se los permite la falta de libertad de la prensa. En los diarios extranjeros se insertan casi diariamente correspondencias de París, en que con mas franqueza se reproducen iguales ideas. Un pueblo en que tanto domina el espíritu guerrero como es el francés, recibe con indiferencia, con frialdad, las noticias de la ocupación de Puebla y de México, á pesar de haberse pintado la primera como un triunfo militar de grande importancia, y la segunda como un testimonio de la popularidad de la expedición. Los regocijos y las iluminaciones de Vichy, donde emanan de órdenes superiores, forman contraste con el silencio y la oscuridad de París, tan lleno de animación por los triunfos mas insignificantes de Crimea y de Italia. El príncipe Napoleon, representante ó sectario del instinto popular, prohíbe expresamente que en el Palacio Real se encienda un reverbero mas de los de costumbre. En los momentos de saberse la caída de Zaragoza, se celebra en París la elección de un diputado, y triunfa del candidato del gobierno por una considerable mayoría, Mr. Gueroult, redactor de la *Opinion Nationale*, periódico de oposición, y uno de los que con mas decisión han estado censurando la guerra de México. Este conjunto de datos, recientes todos, acordes con los anteriores, no deja duda de que la Francia es arrastrada contra su voluntad,

á las lejanas aventuras de una empresa temeraria. Faltándole el prestigio de la opinión, se hace necesariamente mas sensible el gravámen que origina á los contribuyentes, sacrificados al capricho imperial. Se calcula en cuatrocientos millones de francos lo que va gastado ya en la expedición mexicana. Este desembolso extraordinario, fuerte hasta para el mas desahogado tesoro, pesa en extremo sobre el francés, que se encuentra en estado de déficit. Si á lo ménos se pudieran considerar tan crecidos gastos como un suplemento, del que despues se obtuviera indemnización con creces, el disgusto sería ménos pronunciado, lo cual no sucede cuando existe la seguridad de que México, reducido actualmente á las mayores escaseces, no obstante sus portentosos elementos de riqueza, léjos de que esté en aptitud de dejar utilidades, ó de compensar siquiera lo desembolsado, necesita ántes bien nuevos y cuantiosos auxilios para el régimen intervencionista que se quiere establecer, á mas del crecido presupuesto del cuerpo expedicionario. La perspectiva de los que pagan en Francia las contribuciones, está limitada á seguir haciendo sacrificios para las erogaciones que exige la continuación de la guerra. Bastaría ciertamente esta consideración para hacerla impopular, aun cuando no mediaran tantas otras en igual sentido.

De las principales es la de no saber á dónde se va. Entendemos que el mismo Napoleon, inconstante y versátil hasta dejarlo por demas, camina al acaso sin haberse fijado todavía en un plan definitivo de conducta. Cuando el director de escena anda tan á la ventura, ya se deja entender cómo marcharán las comparsas. En el terreno inmenso de las conjeturas, cada cual forma la suya mas ó ménos probable, segun los datos en que la apoya; pero sin que ninguna tenga carácter aproximado de certidumbre. La reducción de

México á colonia francesa, la monarquía de Maximiliano, la de Petterson, la del príncipe Napoleon, la de la familia Guzman-Moctezuma, el protectorado napoleónico, la segregacion de Sonora, la explotacion de nuestras minas, y otra infinidad de planes, andan en la boca ó se deslizan de la pluma de cuantos hablan ó escriben sobre la cuestion mexicana. Ningun Edipo se ha presentado todavía á descifrar el misterio de la esfinge.

Una sola cosa se sabe hasta ahora de positivo, no escasa de importancia, si bien siempre oscura é irracional. Los actos de Saligny y de Forey, de la mano y del instrumento, del odio y de la debilidad, del perverso diplomático y del flexible guerrero, han merecido la mas severa reprobacion de parte del emperador. Entrando en el sistema de este halagar á todos los partidos, para aumentar el número de los intervencionistas, como tambien para dar á su obra cierto barniz de imparcialidad, habia recomendado muy de antemano á sus agentes que no se echaran en brazos de ningun bando político. Contrariando instrucciones tan terminantes, Forey y Saligny se aliaron descaradamente con la faccion conservadora. Al saberlo su soberano los ha destituido, les ha reprendido acremente, y ha dispuesto que su sucesor obre en contrario sentido.

Hasta qué punto sea fundado el enojo imperial, es fácil deslindarlo. Para que el fiel de la balanza no se inclinara á ningun partido, habria sido forzoso que todos se prestaran á la obra intervencionista. Condicion tan indispensable no era de posible realizacion, por la falta de aquiescencia de parte de los interesados. Miétras la pandilla reaccionaria, impotente ya en el país, cadáver en política, solicitaba, apoyaba, proclamaba y se declaraba por la intervencion, como el único medio que le queda de mantenerse á flor de agua

en el naufragio en que ha zozobrado, el gran partido progresista, poderoso, nacional, entusiasta, amigo de la independencia, adversario intransigible de toda dominacion extraña, protestaba contra la intervencion, la combatia en el terreno diplomático, la derrotaba por la prensa, la atacaba en el campo de batalla, la desconocia en sus actos, la nulificaba en una guerra sin tregua, hecha por todos los medios imaginables. ¿Qué camino quedaba en tal estado á los encargados de realizarla? Uno solo, el único posible: el de aliarse con los triadores para hacer con su apoyo la guerra á los patriotas. Como los planes de Napoleon descansaban en un supuesto falso, ha habido en la práctica necesidad de modificarlos, so pena de convertir en enemigos á todos, por querer tratar como amigos á los que repugnaban esa amistad por pérfida y deshonrosa.

Pero á este resultado se vuelve ya á llegar por un camino desviado. Miétras no se trató de las graves cuestiones sociales, que traen dividido al mundo en dos campos irreconciliables, el de los sectarios del progreso y el de los partidarios del *statu quo*; miétras solo se ocupó el general frances de atacar con las armas en la mano á los defensores de la independencia del país; miétras se dió por su juego á los conservadores *pur sang*, con la proclamacion del imperio, y la eleccion de Maximiliano, y la ley de secuestros, y la persecucion de los liberales, la bastarda alianza franco-traidora caminó viento en popa, cual si estuviese formada con vínculos indisolubles. Pero he aquí que la tea de la discordia no tardó en quemar los frágiles lazos de la traicion y la perfidia. La negativa de volver al clero los bienes en cuya administracion cometió tantos abusos; la aprobacion de las ventas de esos bienes desamortizados; la confirmacion del registro civil; la tutela en todas materias, y especialmente en la

de hacienda; y el marcado desprecio á los intervencionistas, han ido agriando los ánimos en tales términos, que ya hoy se detestan cordialmente los falsos amigos de ayer.

La desavenencia ha de subir de punto, con la desaprobacion imperial de los actos que mas halagaban á los traidores. Levantar los secuestros de los bienes de los liberales, suspender su encarnizada persecucion, desechar la alianza exclusiva de la faccion retrógrada, son disposiciones que ésta no puede ver de buen ojo. Callará, porque es impotente hasta para la queja: se humillará, porque su esperanza está cifrada solamente en el apoyo extranjero; pero no tendrá ya confianza en el triunfo de sus ideas, ni trabajará con el mismo ahinco por una intervencion, que á la mejor la deja abandonada.

Faltan todavía datos para saber sobre cuántos puntos ha recaído la desaprobacion del emperador. Es segura respecto de los ya mencionados de secuestros y persecucion, y de algun otro, como el de prohibicion de exportaciones. Es dudosa en cuanto al nombramiento del gobierno y de la junta de notables, en cuanto á la proclamacion del imperio y la exaltacion de Maximiliano. Es segura acerca del relevo de Saligny y de Forey, debiendo congratularnos por la del primero, en razon de la seguridad de ganar en el cambio, quien quiera que sea el que le remplace. Es dudosa en lo que atañe á las nuevas instrucciones venidas á Bazaine, sustituto del diplomático y del mariscal.

Por lo demas, poco importa cuáles sean, cuando para los defensores de la independencia mexicana está tan trazada la ruta que deben seguir, que no hay posibilidad de extraviarse. En caso de que Napoleon insista en desconocer al gobierno constitucional, único y legítimo representante del país; en caso de que se obstine en apelar á lo que llama el sufragio

universal, bajo el amparo de sus bayonetas, para presentar el aborto de la farsa como el resultado de la libre voluntad de la nacion, no habrá avenencia posible. Continuará la guerra sin intermision, sean prósperas ó desgraciadas para México sus peripecias, hasta que llegue, mas tarde ó mas temprano, el dia, que indefetiblemente ha de llegar, en que sea expulsado el extranjero del territorio que profana. El partido nacional no puede transigir en ciertas materias: ó guerra á muerte con los invasores, ó paz honrosa en que se salve la dignidad de México, aunque sea á costa de algunos sacrificios.

En resumen, el cambio de política de Napoleon, insignificante para el pronto término de la contienda, si no descansa en planes admisibles, nos traerá siempre el beneficio inmenso de desconcertar á los traidores, de resfriar por necesidad sus relaciones con los franceses, de debilitar la accion de los nuevos agentes, de presentar ante el mundo entero al emperador como un déspota caprichoso é insustancial, que derrocha el oro de la Francia, que derrama su sangre en una empresa loca, aventurada, injustificable, sin fijarse todavía, á los dos años de iniciada, en el desenlace que deba tener.

Tal estado de cosas ha de llamar forzosamente la atencion de la España y de la Inglaterra, potencias que tienen en México grandes intereses á que atender, para que les sea dable ver con indiferencia la transgresion diaria de los principios en que se apoyó la convencion de Lóndres. Los tres gobiernos aliados habian convenido en no intervenir en la forma de gobierno que México tuviese por conveniente adoptar, en uso de su soberanía, protestando acatar la voluntad nacional. Sustituída la accion comun de las potencias signatarias del convenio, con la exclusiva de la Francia, la voluntad de México ha sido suplantada con el voto expúrio de

una asamblea de notables, nombrados por el gefe del ejército invasor. Cuando Napoleon mismo reconoce que los actos de esos manequés del extranjero, no pasan de farsa miserable, motivo en cuya virtud quiere recurrir al sufragio universal, entendido á su modo, para salvar siquiera las apariencias; mal pudieran Inglaterra y España reconocer como bueno, como válido, como legítimo, lo que desecha el mas interesado en sostenerlo, por ser obra de sus agentes.

La cuestion, por otra parte, no solamente es de dignidad ó de decoro, sino de interes y conveniencia, estímulo que suele ser todavía mas poderoso que el otro. Siendo los intereses ingleses y españoles en México, mayores sin comparacion que los franceses, no es de presumirse que aquellos queden abandonados por los gobiernos á quienes compete protegerlos, ó que se consienta que vayan á remolque de los nuevamente creados por una expedicion dispendiosa. En el arreglo definitivo de las dificultades existentes, no se han de conformar dos potencias, de las que una es hace tiempo de primer orden, y la otra aspira á volver á serlo, con resultar sujetas á lo que la arbitrariedad francesa tenga á bien resolver sobre los puntos que les conciernen. La ruptura de la convencion, no significa el retraimiento indefinido de dos de las altas partes contratantes; no implica la autorizacion de los procedimientos irregulares y absurdos de la que dió lugar á la desavenencia.

Para México la cuestion no ha variado. Si se insistiere en intervenir en su régimen interior, desconocerá siempre esa pretension atentatoria, ya proceda de una potencia aislada, ya de tres acordes. La fuerza, por mas que se multiplicara, por mas que llegara á hacerse irresistible, nunca destruiria el derecho; el derecho vive y se conserva íntegro, á despecho de todos los abusos. Pero no es ciertamente de te-

merse que bajo tan fatales auspicios se reanudara la convencion, cuando el rompimiento provino de la resistencia á la obra de iniquidad intentada por los franceses. Al aprobar el gabinete de Madrid la caballerosa y leal conducta del general Prim, blanco hoy de la saña de viles adversarios; al aprobar el gabinete de S. James la conducta recta y justificada de Sir Charles Wyke, á quien hace hoy tambien objeto del encono de enemigos procaces, la rigidez de conciencia con que se apartó de los errores á que lo habia inducido la perfidia de Saligny; al aprobar, decimos, ambos gabinetes, los actos de sus comisarios, cerraron para siempre la puerta á la renovacion de una alianza, fundada en la sancion de las irregularidades que tan severamente desecharon. El triunfo de la política francesa seria incomprendible, despues de las explicaciones cambiadas en la conferencia de Orizava.

La mejor prueba de que todos lo comprenden así, la tenemos en la terrible alarma que ha causado entre los intervencionistas el simple anuncio del reanudamiento de la convencion. El cambio de decoracion, la desaparicion de la escena de los farsantes, la destruccion de su obra escandalosa, la relegacion de un puñado de traidores al mas merecido desprecio, el respeto á la voluntad del país, les parecen con justicia las consecuencias naturales de un nuevo acuerdo de las tres potencias, que no puede recaer sobre otras bases. Siguiendo Napoleon solo, seria hacedero que llevase adelante el plan absurdo de sus representantes: en sociedad con la España y la Inglaterra, no es posible semejante resultado.

Por eso los interesados aquí en la intervencion, quieren precipitar los acontecimientos. A las dos potencias mencionadas, al mismo emperador, desean encaminarlos por la vía escogida, valiéndose de la autoridad de los hechos consumados. Pretenden dar alguna firmeza, siquiera sea aparente,

al coloso de barro que han fabricado, para que no caiga al suelo hecho trizas. Por fortuna es vano su empeño; no tienen posibilidad de consumar los hechos que meditan. La convencion reanudada ya á lo que se asegura, ó próxima á reanudarse, desbaratará los planes quiméricos á que fian su salvacion.

En cuanto al gobierno imperial, ó restablecerá las bases del acuerdo primitivo, reconociendo los errores que lo han cegado, ó seguirá por un camino sin salida, por un laberinto en que ha de perderse, provocando la animadversion de dos potencias, que no pueden resignarse al papel de frios espectadores de sucesos en que están interesadas bajo todos aspectos.

Desacierto tan grave en el continente europeo, toma mayores proporciones de este lado del Oceano. Aunque los Estados-Unidos no han sacado de pronto todo el fruto que se esperaba de sus últimas grandes victorias, su preponderancia continúa siendo demasiado marcada para provocar su enojo, oculto todavía por no haber llegado el momento oportuno de estallar. No está en la conciencia de nadie la creencia de que están conformes con la intervencion francesa en los negocios de México, sobre todo cuando ha llegado al extremo de levantar un trono, que seria para ellos un perpetuo amago. Como se trata todavía de un simple proyecto, para cuya realizacion ven las dificultades que se presentan, no toman todavía en el asunto la parte directa que seguramente tomarian, en caso de que llegara á formalizarse aquí el cambio de instituciones, bajo el amparo de las bayonetas francesas.

No es ya mal indicio de lo que vendrá despues, el empeño con que se ha mandado al vecino Estado de Texas un ejército de sesenta mil hombres, mandados por el general

Grant, el acreditado vencedor de Wicksburg. La proximidad á la frontera mexicana de una fuerza de tanta consideracion, cabalmente al anunciarse el próximo auxilio de buques franceses á Matamoros, va á ser considerada generalmente como un preparativo para las eventualidades del porvenir en la cuestion mexicana.

Por nuestra parte seguiremos abrigando la íntima conviccion de que, sin necesidad de un rompimiento de hostilidades, ni siquiera de una oposicion formal, basta el fundado temor de que resista lo hecho en México el gobierno de Washington, cada vez mas poderoso, para que el emperador de los franceses amaine en sus planes maquiavélicos.

Y si en vez de obrar así tomara el camino opuesto, desafiando el poder de nuestros vecinos, arrojándoles el guante con el reconocimiento de los Estados confederados, como lo habria hecho ya á no ser por la oposicion de la Inglaterra, entónces se entablaria por necesidad una lucha, de la que Napoleon no podria salir bien, supuestos los elementos colosales de que disponen hoy los Estados-Unidos, á los que no podria la Francia oponer en América sino una resistencia en extremo débil.

Para considerar la probabilidad del choque de esas dos naciones, no hay que olvidar las causas de profunda discordia de que tiene conocimiento el público. Al proyecto de establecer una monarquía en el continente americano; al desafío que envuelve el desconocimiento en el terreno de los hechos de la doctrina de Monroe; al ataque á la política tradicional de la gran república del Nuevo-Mundo, se agrega la ostentacion de las conferencias de Napoleon con Slidell, el agente de los Estados confederados; las pláticas del mismo emperador con Roebuck y Lindsay, con quienes se puso de acuerdo para que presentaran en el parlamento inglés una

moción sobre reconocimiento del gobierno de Richmond; los pasos oficiales dados por el gabinete imperial cerca del de la reina Victoria, para que procedieran ambos de acuerdo en el mismo sentido; el firme propósito consignado en las célebres instrucciones al general Forey, de valerse de la expedición de México, como de un medio eficaz de contrarestar el poderío de los norte-americanos. Esta serie de actos hostiles constituye una solapada declaración de guerra, que pasará fácilmente á una ruptura abierta.

Tampoco puede decirse que esté encubierto el modo de pensar en la cuestión del gobierno de Lincoln, sobrando, por el contrario, datos para conocer su resolución invariable de no tolerar en América el predominio europeo. La correspondencia diplomática del secretario de relaciones Seward, con los ministros plenipotenciarios que representan á los Estados-Unidos en el extranjero, é igualmente la de esos mismos ministros con los gobiernos cerca de los cuales están acreditados, no dejan duda de tal verdad. En estos últimos días se han publicado varias de las piezas á que aludimos, en las que con toda claridad se explica el pensamiento íntimo del gobierno de Washington. A su lectura nos referimos, ya que no nos es posible insertar ni aun en extracto esos voluminosos documentos, que han tenido ya por otra parte la publicidad necesaria para que circulen por todas partes.

El exámen de tan interesantes antecedentes, hace venir en conocimiento de que, son tan flojos ya en la actualidad los lazos que ligan á Francia con los Estados-Unidos, que poco deben tardar en romperse.

Indicamos ya ántes la decadencia en México del espíritu intervencionista, escaso desde el principio, por mas que los periódicos de los traidores afirmen lo contrario. Estas fal-

sas aseveraciones, que corren parejas con las consignadas en el parte del general Forey sobre su entrada á la capital, de la que se ha atrevido á decir que no hay ejemplo en la historia, pintando lleno de júbilo al pueblo sometido al yugo extranjero; estas falsas aseveraciones, decimos, podrán engañar solamente á los que no procuren cerciorarse de la verdad. El entusiasmo causado por la entrada del ejército frances á la capital de la república, no pasó de los escasos secretarios de la intervencion; la masa de la población se mostró fría, ya que no contaba con elementos para declararse hostil. Los mismos intervencionistas han ido aflojando en su propósito primitivo, á medida que desengaños diarios les han dado á conocer que son sueños irrealizables los planes que habian formado. Los compromisos que sin premeditación contrajeron, los peligros que corren, la imposibilidad en que se encuentran de salir del paso, los conservan todavía al lado de los franceses, aunque sin las ilusiones que tuvieron al principio. En el curso de los acontecimientos se ha de marcar, por necesidad, la diferencia existente entre obrar con la firme creencia de que se trabaja en provecho propio, á obrar en la plena seguridad de que se trabaja por cuenta ajena.

La minoría, formada de un puñado de traidores, seguirá ese camino: la mayoría, compuesta de casi todo el país, continuará presentando al mundo el espectáculo grandioso de un pueblo decidido á defenderse hasta la última extremidad, resignado con los terribles sufrimientos de un período de prueba, porque sabe que es indefectible la llegada del día en que ha de respirar libre del peso que ahora lo sofoca.

Se ha dicho ya varias veces, pero es indispensable repetir, que protestas á favor de la intervencion, no ha habido sino en poblaciones sometidas al dominio frances, en las que han falsificado la verdadera opinion pública unos cuantos reac-